




**AQUÍ
ESTOY,
AQUÍ
PERTENEZCO**

LA URGENTE NECESIDAD DE ACABAR
CON LA APATRIDIA INFANTIL

#IBELONG



**UNHCR
ACNUR**
La Agencia de la ONU
para los Refugiados



“En el breve tiempo que los niños pueden ser niños, la apatridia puede fijar serios problemas que los perseguirán durante toda su infancia y los condenarán a una vida de discriminación, frustración y desesperación. Si nuestras esperanzas para la futura generación se hicieran realidad, esta generación debe ser una significativa parte del presente. Ninguno de nuestros hijos debe ser apátrida.

Todos los niños deben pertenecer.”

ANTÓNIO GUTERRES

Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados

Los niños apátridas nacen en un mundo en el que enfrentarán la discriminación toda su vida; su condición afecta profundamente su capacidad de aprender y crecer, y de alcanzar sus ambiciones y sueños para el futuro.

Cada diez minutos nace un niño apátrida en alguna parte del mundo, por lo que éste es un problema que va en aumento. En los países que acogen a las 20 poblaciones apátridas más grandes, nacen por lo menos 70.000 niños apátridas cada año.

Los efectos de nacer apátrida son graves. En más de 30 países, los niños necesitan documentación de nacionalidad para recibir atención médica. En por lo menos 20 países, los niños apátridas no pueden ser vacunados legalmente.

El presente informe pretende ir más allá de estas cifras, aportando testimonios directos de niños y jóvenes y cómo les afecta ser apátridas.

Durante julio y agosto de 2015, el ACNUR habló con más de 250 niños y jóvenes¹, sus padres y tutores, en siete países del mundo acerca de sus vivencias como niños apátridas.

Esta es la primera encuesta realizada con un componente de diversidad geográfica sobre el punto de vista de niños y jóvenes apátridas. Muchos de estos niños o jóvenes jamás habían hablado con nadie acerca de qué significa ser apátrida.

El informe resalta de qué manera no ser reconocido como nacional de ningún país puede crear barreras insuperables para la educación y la atención en salud, así como limitar seriamente las posibilidades de empleo. Revela el devastador daño psicológico que provoca la apatridia y sus graves ramificaciones, no sólo para la gente joven que tiene todo el futuro por delante, sino también para sus familias, comunidades y países. El informe demuestra contundentemente la urgencia de acabar con la apatridia infantil y prevenirla.

¹ Hasta la edad de 24 años.

Aquí estoy, aquí pertenezco

EDUCACIÓN

“Todo niño tiene derecho a estudiar y aprender. Esto es lo más importante”.

BOON, 16 AÑOS, TAILANDIA

Las consultas que realizó el ACNUR con niños y jóvenes apátridas evidenciaron que estos enfrentan una miríada de retos cuando procuran estudiar. En algunos casos, las escuelas negaron la entrada al aula a quienes no son nacionales, o exigieron tasas mucho más altas aplicables a los extranjeros, haciendo impagable la educación. En otros casos, a los niños apátridas se les negó el acceso a exámenes finales o se les retuvo el diploma o certificado, deteniendo su avance a la educación superior y a mejores oportunidades de empleo. Con frecuencia dichos niños tampoco pudieron concursar para recibir becas o préstamos estudiantiles. Independientemente del obstáculo, el resultado siempre fue el mismo: otra persona joven que no pudo alcanzar su potencial.

SALUD

“¿Por qué tengo que sufrir así?”

PRATAP, 15 AÑOS, MALASIA

Muchos jóvenes apátridas y sus padres se vieron obligados a quedarse sin tratamiento profesional, aún en casos de enfermedades o lesiones graves. Las restricciones de viaje, los gastos médicos prohibitivos impuestos a los extranjeros, la discriminación y la falta de acceso a la educación sanitaria, con frecuencia conspiraron para impedir el acceso a la atención médica de la gente joven con la que habló el ACNUR. En algunos casos, la falta de documentos de nacionalidad significó que las madres apátridas dieron a luz en sus casas, en lugar de un hospital, complicando aún más el acceso al registro del nacimiento. Incluso las personas que pudieron adquirir una nacionalidad ya siendo adultas, continuaron sufriendo un daño psicológico como resultado de ser apátridas en su niñez.

SER NIÑO

“Este verano no juego béisbol”.

JOE, 13 AÑOS, REPÚBLICA DOMINICANA

Además de negar a los niños el acceso al derecho a la educación y a la salud, la apatridia también amenaza la libertad de sentirse seguros, jugar, explorar -ser simplemente niños. Etiquetados como foráneos en lo que consideraban su propio país, muchos tuvieron que enfrentar la discriminación desde una edad temprana. Algunos ya habían vivido experiencias que les obligaron a madurar demasiado rápido, como trabajar desde temprana edad, vivir en alojamiento inseguros, o sufrir el hostigamiento de las autoridades. En los casos más extremos, los niños y niñas apátridas estuvieron expuestos a la explotación y el abuso.

EMPLEO

“Las puertas del mundo están cerradas para mí”.

JIRAIR, 19 AÑOS, GEORGIA

Al quedar sin solución, la apatridia creó nuevos e insuperables obstáculos para muchos de los jóvenes entrevistados que pasaban de la adolescencia a la adultez. La frustración más citada por los jóvenes apátridas consultados para el presente informe, fue la falta de un empleo que correspondiera con su capacidad, ambición y potencial. Las barreras a la educación y la libertad de circulación fueron los factores que más limitaron las oportunidades de empleo, y que negaron a muchos la posibilidad de romper los ciclos previos de pobreza y marginación – pasando así las consecuencias de la apatridia de una generación a otra. Todos los jóvenes adultos apátridas entrevistados se habían tenido que conformar con una vida que les permitía satisfacer sus necesidades básicas, pero que distaba mucho del futuro que habían imaginado.



El mensaje más contundente que surgió de las consultas con los niños y jóvenes fue su sentido de identificación con los países donde habían nacido y habían vivido todas sus vidas. En casi todos los casos la mejor solución a la apatridia es transformar el lazo que existe entre un menor y su país de nacimiento y crianza en el vínculo legal de la nacionalidad. Es indispensable que esto se logre lo antes posible para que ningún niño crezca con las humillaciones y los daños causados por la apatridia.

La prevención y resolución de la apatridia infantil es uno de los principales objetivos de la Campaña del ACNUR para acabar con la apatridia en 10 años, o sea para el 2024. Para alcanzar dicho objetivo, el ACNUR insta a todos los Estados a tomar los siguientes pasos, de acuerdo con el Plan de Acción Mundial para Acabar con la Apatridia:

- Permitir que los niños obtengan la nacionalidad del país donde nacen si de otra forma se convertirían en apátridas.
- Reformar las leyes que impiden a las madres transmitir la nacionalidad a sus hijos en igualdad de condiciones con los padres.
- Eliminar las leyes y las prácticas que privan a los niños de la nacionalidad por causa de su etnia, raza o religión.
- Garantizar el acceso universal al registro de nacimientos para prevenir la apatridia.



© UNHCR / R. ARNOLD

Durante julio y agosto de 2015, el ACNUR habló con más de 250 niños y jóvenes², sus padres y tutores, la sociedad civil y los gobiernos en siete países: Côte d'Ivoire, República Dominicana, Georgia, Italia, Jordania³, Malasia y Tailandia⁴, sobre sus vivencias de apatridia infantil. Fue la primera vez que se realizó una consulta tan completa y amplia desde el punto de vista geográfico sobre las opiniones de niños y jóvenes apátridas. También era *la primera vez* que la mayoría de estos jóvenes hablaba con alguien acerca de lo que significa ser apátrida.

El presente informe demuestra con base en los testimonios individuales recopilados durante las consultas, cómo la apatridia puede perjudicar significativamente la capacidad de los niños de aprender, crecer, jugar y llevar una vida productiva y realizada. Asimismo, el informe destaca cómo la apatridia puede crear barreras insuperables que imposibilitan el acceso a la educación y a una adecuada atención en salud y disminuyen las perspectivas de empleo. También revela el devastador daño psicológico que la apatridia puede provocar, no sólo en la gente joven, sino también en sus familias, comunidades y países.

Actualmente, varios millones de niños ven desvanecerse su niñez sin el sentido de pertenencia y protección que acompañan a la nacionalidad. Ello es aún más alarmante, considerando cuán sólido es el marco

internacional de los derechos humanos cuando se trata de proteger los derechos de la niñez, incluido el derecho de todo niño a una nacionalidad. Dicho derecho está protegido en el artículo 7 de la Convención sobre los derechos del niño de las Naciones Unidas, un tratado ratificado por 194 de 196 países. Asimismo, el derecho a la nacionalidad se ve reflejado en muchos otros instrumentos internacionales y regionales. Como recientemente concluyó el Comité Africano de Expertos sobre los Dere-

chos y el Bienestar del Niño: “Ser apátrida cuando se es niño es generalmente la antítesis del interés superior del niño.”⁵

Ningún niño debe ser apátrida. Ya sea que haya quedado apátrida a raíz de leyes de nacionalidad discriminatorias o por otros motivos, la apatridia infantil es totalmente prevenible. Reconocer el daño que causa la apatridia en los niños e implementar medidas jurídicas y prácticas claras para prevenirla, permitirá a los gobiernos garantizar que los nexos, muy reales, entre los niños y sus países sean reconocidos mediante el otorgamiento de la nacionalidad.

Consultas con niños y jóvenes apátridas en Malasia.

2. Hasta la edad de 24 años.

3. En Jordania, las consultas se limitaron a la prevención de la apatridia entre los niños refugiados sirios.

4. Estos países fueron seleccionados debido a la existencia conocida de poblaciones apátridas o en riesgo de serlo (Jordania), tomando en cuenta la diversidad geográfica.

5. Comité Africano de Expertos sobre los Derechos y el Bienestar del Niño, Niños nubios v. Kenia, Decisión del 22 de marzo de 2011.

LAS PRINCIPALES CAUSAS DE LA APATRIDIA EN LOS NIÑOS

DISCRIMINACIÓN

La discriminación, por ejemplo por motivos de etnia, raza, religión o género, es la mayor causa de apatridia a nivel mundial. La mayoría de las poblaciones apátridas conocidas en el mundo, pertenecen a un grupo minoritario, y por lo menos 20 países mantienen leyes de nacionalidad que niegan la nacionalidad o permiten la privación de la nacionalidad por motivos de etnia, raza o religión.

En algunos países, aun cuando la ley no es discriminatoria, la práctica puede ser muy diferente. Por ejemplo, en la República Dominicana a pesar de tener un claro derecho a la nacionalidad de acuerdo a la ley, el Registro Civil ha denegado con frecuencia la nacionalidad dominicana a las personas de ascendencia haitiana.

A nivel mundial, 27 países tienen leyes de nacionalidad que impiden a las mujeres transmitir su nacionalidad a sus hijos, en condiciones de igualdad con los hombres. Ello puede convertir al niño en apátrida si el padre es apátrida, ha fallecido, ha abandonado a la familia, o no quiere o no puede transmitir su nacionalidad. “Mis hijos no tienen nacionalidad porque su abuelo era apátrida y su padre también, y yo no puedo hacer nada por mis hijos. En el sistema libanés, la madre no puede transmitir la nacionalidad a sus hijos o a su marido [...] Si la situación de mis hijos no cambia, no tendrán futuro”,

comenta Amal, una libanesa y madre de Rama, de nueve años, que es apátrida.

En Italia, se requiere una solicitud preparada personalmente o una declaración individual de voluntad, para adquirir la nacionalidad por naturalización. Christina, nació apátrida en Italia pero ahora que ha cumplido los 18 años y tiene derecho a la nacionalidad italiana, está física e intelectualmente discapacitada. Es difícil que ella entienda el concepto de ciudadanía y menos aún que de su consentimiento para adquirir la nacionalidad italiana, o que prepare una solicitud personal. Como resultado, se le ha negado la oportunidad de presentar una solicitud para adquirir la nacionalidad, algo que su padre Sandokan, quien es romaní y apátrida, no puede entender. “Para mi hija, el derecho a la nacionalidad es el único derecho que tiene”.



Annick, 13 años, Côte d'Ivoire.



Christina, 18 años, y su familia, en Italia.

© UNHCR / F. MARTINO

VACÍOS EN LEYES DE NACIONALIDAD

Las salvaguardas en las leyes de nacionalidad que protegen contra la apatridia al nacer, evitan el traspaso de la apatridia de una generación a otra. Asimismo, ayudan a prevenir la apatridia cuando los padres tienen una nacionalidad pero no la pueden transmitir a sus hijos, o cuando los niños han sido abandonados y sus padres son desconocidos. Las leyes de nacionalidad de más de la mitad de los Estados del mundo carecen de salvaguardas, o son inadecuadas, para otorgar la nacionalidad a los niños que nacen apátridas en su territorio. En ciertos casos, las leyes de nacionalidad pueden incluir salvaguardas, pero existen vacíos en su aplicación. Esta es la mayor causa de apatridia infantil – por lo menos 70.000 niños apátridas nacen cada año en los países que albergan las 20 situaciones de apatridia más grandes.

Los niños abandonados, cuyos padres no pueden ser identificados (expósitos) constituyen otro grupo en riesgo de apatridia. Casi un tercio de todos los Estados carecen de disposiciones en su legislación sobre nacionalidad para otorgar la nacionalidad a estos niños abandonados encontrados en su territorio. En Côte d'Ivoire, por ejemplo, la falta de esta salvaguarda, junto con la historia de migración y guerra civil del país, han dado lugar a que de una población apátrida estimada en aproximadamente 700.000 personas, cerca de 300.000 se cree que son expósitos.

Annick, 13 años, quedó al cuidado de sus abuelos en Côte d'Ivoire cuando era muy pequeña. A los pocos

años sus abuelos fallecieron y ella fue puesta bajo el cuidado de una familia del mismo grupo étnico. Como su nacimiento nunca fue registrado, no existe prueba oficial de su parentesco. Su familia adoptiva ha intentado rastrear a alguien que pueda testificar sobre su parentesco, pero no lo ha logrado. Las autoridades consideran que el parentesco de Annick es desconocido, lo que significa que ella no puede ser considerada marfileña y, por tanto, permanece apátrida.

FALTA DE REGISTRO DE NACIMIENTO

La falta de registro de nacimiento puede dificultar a las personas probar que tienen los pertinentes vínculos con un Estado que les dan derecho a la nacionalidad y, por tanto, crea un riesgo de apatridia. Ello se debe a que el registro de nacimiento indica dónde nació la persona y quiénes son sus padres, información fundamental para establecer qué nacionalidad puede adquirir un niño.

La falta de registro de nacimiento crea un riesgo de apatridia particularmente alto para grupos específicos, como son los refugiados y migrantes, así como las poblaciones nómadas y fronterizas. Por tanto, el registro de nacimiento es de vital importancia para, por ejemplo, los niños refugiados sirios que nacen en países de asilo, muchos de los cuales han sido separados de sus padres o familiares; asimismo, el registro de nacimiento ayudaría a prevenir la apatridia entre estos niños, aseguraría que sean reconocidos como nacionales sirios, y les permitiría regresar a Siria cuando las condiciones lo permitan.

EDUCACIÓN

Los niños y jóvenes apátridas consultados para el presente informe enfrentaron numerosos retos al intentar estudiar. En algunos casos, las escuelas negaron la entrada al aula a quienes no son nacionales, o exigieron tasas mucho más altas aplicables a los extranjeros, haciendo inaccesible la educación. En otros casos, a los niños apátridas se les negó el acceso a exámenes finales o se les retuvo el diploma o certificado, deteniendo su avance a la educación superior y a mejores oportunidades de empleo. Con frecuencia dichos niños tampoco pudieron concursar para recibir becas o préstamos estudiantiles. Incluso cuando otros factores son favorables, las oportunidades educativas son truncadas porque a los jóvenes se les niega el permiso para trasladarse dentro o fuera de las fronteras de sus países. Independientemente del obstáculo, el resultado siempre fue el mismo: otra persona joven que no pudo alcanzar su potencial.

EDUCACIÓN PRIMARIA: NO SIEMPRE ES UN DERECHO

Prácticamente todos los jóvenes apátridas con quienes habló el ACNUR habían podido asistir a la escuela primaria. Mientras que la República Dominicana, Italia,

Malasia y Tailandia no restringen el acceso de los niños apátridas a la educación primaria, en Côte d'Ivoire y Georgia existe el requisito oficial de presentar documentos de identidad. A pesar de esto, casi todos los jóvenes entrevistados habían encontrado la manera de asistir a la escuela primaria, aunque no sin luchar, y con frecuencia dependiendo de la flexibilidad y buena voluntad de los directores escolares y los docentes.

Varios de los padres de familia y los niños contaron que periódicamente tenían que convencer al personal de la escuela para que les dejaran abiertas las puertas del aula. “Si no tienes documentos, en la escuela te molestan siempre con eso y te avergüenzas. Pero yo logré concluir mis estudios con la ayuda de mis maestros”, relata Isabella, una joven apátrida de ascendencia haitiana en la República Dominicana.

Así también lo vivió Ketí, 19 años, en Georgia. Cuenta que solo pudo asistir a la escuela porque el director se compadeció de ella. Recuerda la enorme gratitud que sentía hacia este funcionario, ya que él habría sido personalmente responsable si las autoridades hubieran descubierto que él permitía que una niña apátrida sin documentos asistiera a la escuela.



Thida, 9 años, Tailandia

© UNHCR / F. ARNOLD

OBSTÁCULOS A LA EDUCACIÓN SUPERIOR

Aunque la mayoría de los jóvenes consultados expresó un gran deseo de terminar sus estudios secundarios y asistir a la universidad, muy pocos habían podido lograr alguna de estas metas. En Côte d'Ivoire y la República Dominicana, aprobar los exámenes nacionales al final de la escuela primaria es un prerrequisito para la admisión a la escuela secundaria. Sin embargo, la posibilidad de presentar dichos exámenes suele estar limitada a quienes puedan acreditar la nacionalidad.

En Tailandia e Italia suele ser difícil asistir a la escuela más allá del noveno año. En Tailandia, aunque no existen barreras oficiales para acceder a la educación superior, los jóvenes entrevistados explicaron que las

restricciones de viaje impuestas a las personas apátridas en el país, y la falta de acceso a los programas de becas y préstamos estudiantiles reservados para nacionales tailandeses, obstruyen su acceso a la educación superior. “Tengo muy buenas calificaciones”, comenta Patcharee, 15 años, una niña apátrida en Tailandia de una tribu de la montaña. “Tal vez hasta sea la primera de mi clase. Pero cada vez que hay una beca, se la dan a alguien que tiene una tarjeta de identificación nacional”. Su compañero de clase, Boon, 16 años, hace eco del sentimiento que expresaron muchos jóvenes entrevistados en todos los países: “Todo niño tiene derecho a estudiar y aprender. Esto es lo más importante”.

IMPACTO NEGATIVO EN LA AUTOESTIMA Y LA CONDUCTA

Tener que negociar cada paso dentro del sistema escolar suele ocasionar retrasos en el inicio de los estudios o el avance al siguiente ciclo, por lo que los niños y jóvenes apátridas quedan rezagados varios años respecto a sus pares. Esto con frecuencia tiene un impacto en ellos, incluso después de haber podido confirmar su nacionalidad. María, una joven apátrida en República Dominicana, comenta: “No pude asistir a la escuela durante cuatro años porque no tenía certificado de nacimiento. Cuando por fin recibí mi certificado de nacimiento, sentí alivio, pero también sentí que había perdido cuatro años de mi vida”.

En ocasiones, las prácticas arbitrarias de las autoridades llevan incluso a que niños dentro de una misma familia tengan diferentes estatus de nacionalidad y, por tanto diferentes oportunidades. “Algunos de mis hermanos tienen documentos y han podido ir a la universidad. Yo tengo los mismos padres, pero no puedo ir a la universidad porque no tengo documentos”, dice Alejandra, una joven apátrida nacida en la República Dominicana.

Unos cuantos niños han experimentado cómo la carencia de una nacionalidad y la imposibilidad de asistir a la escuela, pueden acarrear serios problemas

sociales. En el caso de Edwin, 16 años, un niño apátrida de origen Tamil en Malasia, el impacto de haber sido privado de la disciplina y los beneficios de socialización de la escuela fue muy duro. Quedó huérfano a temprana edad y creció en un hogar adoptivo, sin el cuidado ni el apoyo apropiados. Incapaz de asistir a la escuela debido a las elevadas ‘tasas para extranjeros’ impuestas a quienes no tienen tarjeta de identidad, se involucró con malas compañías y se hizo adicto a las drogas y al alcohol.

Ya en camino hacia la rehabilitación, Edwin identifica un fuerte nexo entre su situación y su falta de nacionalidad: “Si hubiera tenido un documento que demostrara que era nacional, probablemente no estaría donde estoy ahora. Probablemente no me habría involucrado con malas compañías, y ni habría adquirido esos malos hábitos. Estaría en la escuela, procurando alcanzar mi sueño de ser futbolista de la selección de Malasia. Tengo mi propio estilo. Se llama el estilo Edwin. Es mejor que el de Ronaldo, aunque él lo inspiró”.

BOON,
16 AÑOS, TAILANDIA

Edwin, 16 años, Malasia

“Todo niño tiene derecho a estudiar y aprender. Esto es lo más importante”.

Más de 30 países exigen documentación para tratar a un niño en una clínica de salud. En por lo menos 20 países, los niños apátridas no pueden ser vacunados legalmente. Las restricciones de viaje, los gastos médicos prohibitivos impuestos a las personas extranjeras y la discriminación con frecuencia se conjugan para impedir el acceso a los servicios de salud de muchos de los niños y jóvenes encuestados. Ello no sólo afectó su capacidad para participar en programas de salud infantil preventiva, sino que también provocó a la decisión de postergar o renunciar a un tratamiento profesional, incluso en casos de enfermedades o lesiones graves.

PRATAP,
15 AÑOS, MALASIA

“¿Por qué tengo que sufrir así?”

El daño psicológico de pasar la niñez como apátrida también tuvo consecuencias serias en la autoestima y en las perspectivas a futuro de los jóvenes, aun cuando pudieron adquirir la nacionalidad ya de adultos.

OBSTÁCULOS PARA EL TRATAMIENTO

Muchos participantes en las consultas comentaron que tuvieron dificultades para acceder a los servicios de salud debido a la falta de documentos nacionales de identidad. En Italia, los padres romaníes hicieron notar que como sus hijos apátridas no podían utilizar los servicios públicos de pediatría o la educación en salud infantil, tuvieron que recurrir a las salas de urgencia de los hospitales públicos, incluso en caso de padecimientos sencillos. Comentó Sandokan, el apátrida romaní, padre de Christina, que tiene una discapacidad: “Es importante que los padres reciban educación sanitaria de un pediatra calificado. La información sobre nutrición y vacunación... no la obtienes en la sala de urgencias de un hospital. Pero es la única opción que tenemos... incluso para un dolor de garganta”.

En Malasia, los padres y tutores de los niños apátridas con discapacidades severas hablaron de las dificultades que enfrentaron al intentar acceder a la atención y el apoyo del Estado para dichos niños. Santosh, el padre de un niño de 14 años que sufre de espina bífida, no pudo conseguir una silla de ruedas subsidiada por el Estado, necesaria para la movilidad de su hijo. Finalmente logró recaudar fondos a través de una ONG

comunitaria. En Italia, Sandokan se preocupa constantemente por la salud de su hija con discapacidad y por su capacidad para cuidar de sí misma sin el apoyo del Estado. “Mientras yo viva, la puedo cuidar”, comenta el padre, “pero no podré cuidar a una hija con discapacidad otros 30 o 40 años”.

BARRERAS ECONÓMICAS

La barrera más significativa para acceder a los servicios de salud, recalcada por los participantes en las consultas, fue el alto costo de los tratamientos. Aunque los Estados con frecuencia ofrecen servicios de salud subsidiados o incluso gratuitos para sus nacionales, una persona apátrida con frecuencia debe pagar las tasas más elevadas impuestas a los extranjeros. Ello tiende a convertir los tratamientos indispensables en algo inaccesible.

Para algunos de los padres entrevistados, los prohibitivos costos de los tratamientos aplicados a quienes no son ciudadanos, provocaron que ellos y sus hijos tuvieran que nacer en casa y no en un hospital, dificultando la obtención de documentos de registro de nacimiento. En algunos casos, los padres admitieron que considerarían utilizar fraudulentamente los documentos de identificación de nacionalidad de amistades y vecinos. Shanti, la madre de un niño apátrida de origen TAMIL en Malasia, comentó, “Mi hijo tiene cuatro años, nunca ha estado en un hospital. Incluso nació en casa. ¿Por qué? Porque no tiene la ciudadanía. Si se enferma

King, 19 años, Tailandia



© UNHCR / K. SHARTAVA

gravemente en el futuro y necesita ir al hospital, nos limitaremos a pedir prestados los documentos de otra persona”.

Los niños apátridas contaron situaciones en las que sus familias habían incurrido en serias deudas por haber pedido dinero prestado a amistades y vecinos con el fin de pagar las cuentas médicas. King, 19 años, de la comunidad akha, una de las tribus de la montaña de Tailandia, recuerda que su hermano, quien también es apátrida, tuvo en un serio accidente automovilístico: “Para que lo atendieran, tuvimos que pagar la tasa aplicable a los extranjeros. Mi madre pidió mucho dinero prestado a un vecino. Todavía lo está pagando”.

Pratap, 15 años, de Malasia recuerda que tras lesionarse gravemente la pierna jugando fútbol, su falta de nacionalidad fue lo primero que consideró el hospital: “Sentí ira porque nadie quería ayudarme, aun cuando era claro que tenía mucho dolor. Escrudieron mi condición jurídica, a pesar de que era una emergencia. ¿Es

mi culpa no tener nacionalidad? Nací en este país como cualquier malasio. ¿Por qué tengo que sufrir así?”

CORRER RIESGOS, HUMILLACIÓN Y SECUELAS PSICOLÓGICAS

Para algunos, buscar asistencia o pedir préstamos para acceder a los servicios de salud ni siquiera era una opción. Sin la posibilidad de aportar la documentación necesaria para obtener el tratamiento y sin la posibilidad de pagar los altos costos, la familia de Jirair, 19 años, en Georgia, asumió el riesgo de tratarlo en casa, a pesar de la gravedad de sus heridas. “Cuando era más joven”, comenta Jirair, “me fracturé la pierna. A pesar de que lo necesitaba, no acudimos a la sala de urgencias del hospital porque sabíamos que sin documentos [de nacionalidad] no nos recibirían. Me trataron en casa. Tardé mucho en sanarme. Fue muy difícil”.

La humillación constante por no poder comprobar la propia elegibilidad para recibir tratamiento, fue ex-

puesta por varios participantes como un impedimento significativo. Elena, una madre apátrida en la República Dominicana, recuerda cómo batalló para convencer al personal médico del hospital que atendiera a su hija. “Es humillante no poder presentar documentos. Incluso en el hospital me dijeron que mi bebé no podía recibir tratamiento porque no teníamos documentos. Sólo nos atendieron después de una larga argumentación”.

Kavita, 22 años, en Malasia explica cómo el ser apátrida la hizo reacia a buscar atención médica, incluso cuando era evidente que la necesitaba: “Últimamente he tenido mucha tos. Y con sangre. Acudí a una clínica y tomé el medicamento, pero no funcionó. En la clínica me dijeron que fuera al hospital, pero es muy vergonzoso ir allí. Hacen miles de preguntas acerca de mi origen, porque no tengo prueba de mi nacionalidad. Sospechan de mí y me hacen sentir como si estuviera robando algo. Por eso no puedo ir”.

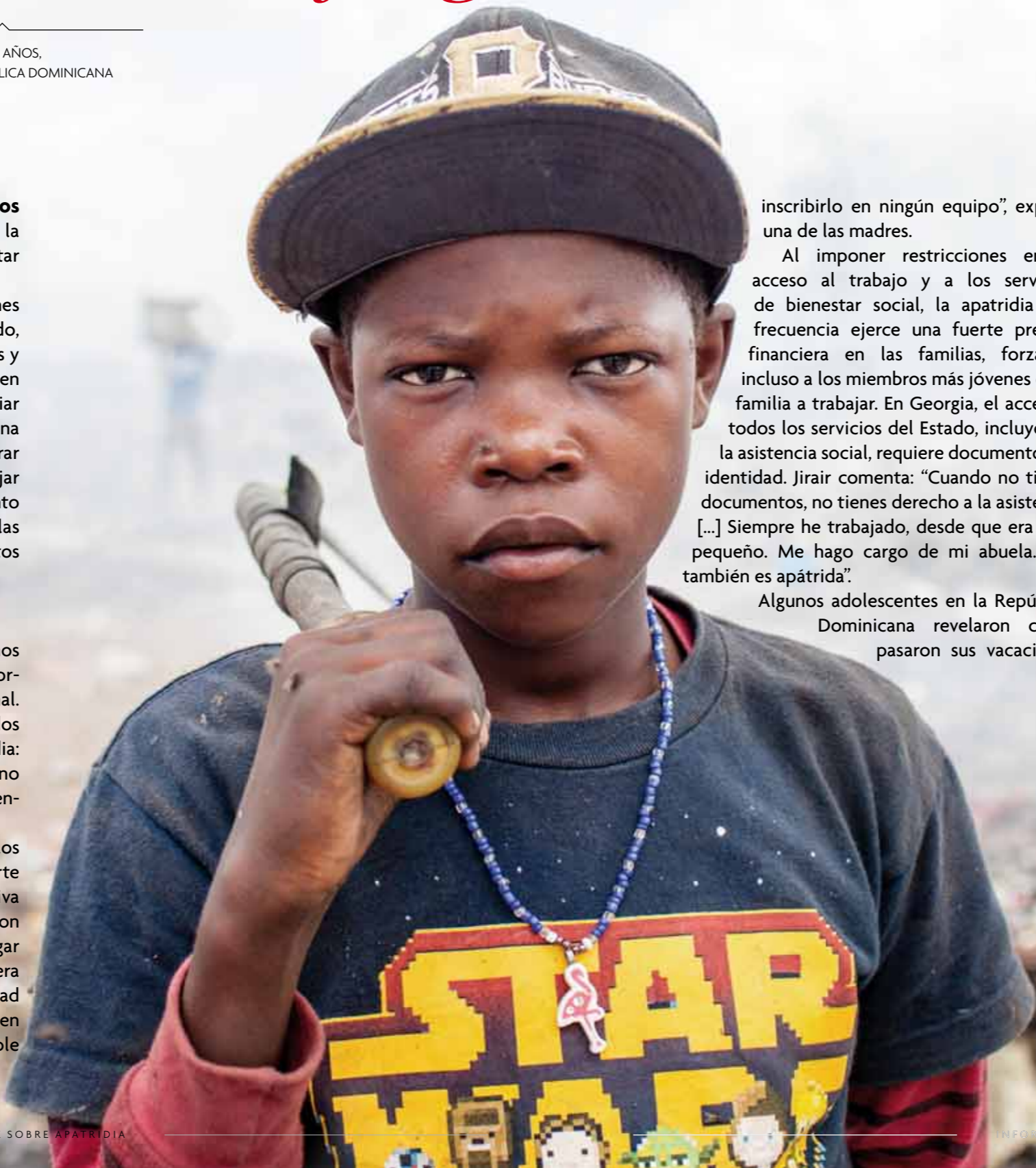
Trágicamente, una infancia vivida como apátrida pa-

rece haber causado un grave daño psicológico en un significativo número de participantes. Los jóvenes se describieron con frecuencia con términos como “invisible”, “excluido”, “vida en la sombra”, “como perro callejero” y “insignificante”. Otros, como Paloma, 16 años, en la República Dominicana, describieron los sentimientos encontrados de pertenecer, aun siendo excluidos. Ella dijo: “Me siento dominicana, independientemente de los documentos, pero la gente me ve menos dominicana porque no tengo documentos”. En Malasia, la abatida Kavita ha considerado acciones drásticas. “En ocasiones siento que debería suicidarme”, dijo. Sólo pensar en su familia ha evitado que tome ese camino.

Leli, 19 años, apátrida desde su nacimiento pero que recientemente adquirió la nacionalidad italiana, habló de sus dificultades para asimilar su nueva identidad como nacional: “Aunque ahora tengo la nacionalidad italiana”, dice, “haber sido apátrida se queda en tu interior —como una marca permanente”.

“Este verano no juego béisbol”.

JOE, 13 AÑOS,
REPÚBLICA DOMINICANA



Además de privar a los niños de sus derechos fundamentales, la apatridia también amenazó la libertad de los niños de sentirse seguros, jugar, estar despreocupados -ser simplemente niños.

Competir en los deportes y disfrutar las vacaciones escolares son cosas que muchos niños dan por sentado, pero la historia ha sido muy diferente para los niños y jóvenes consultados. Etiquetados como foráneos en lo que consideraban su propio país, tuvieron que lidiar con el hecho de ser tratados diferente desde temprana edad. Algunos fueron además obligados a madurar demasiado rápido, porque tuvieron que trabajar desde pequeños, vivir en condiciones de alojamiento inseguras, o soportar relaciones problemáticas con las autoridades. En las situaciones más extremas, estos niños fueron presa de la explotación y el abuso.

MADURAR DEMASIADO PRONTO

Al igual que los niños en todas partes, muchos niños apátridas pasan el tiempo libre practicando un deporte, soñando con un futuro como atleta profesional. Pero con frecuencia dichos sueños quedan truncados muy pronto. Como explicó Niran, 16 años, en Tailandia: “Quiero jugar con los demás. Pero a veces, como no tengo nacionalidad, no puedo entrar en la competencia. Realmente quiero ser futbolista profesional”.

En la República Dominicana, muchos de los participantes comentaron que el béisbol, el deporte más popular del país, era su actividad recreativa predilecta. A pesar de que algunos de ellos demostraron habilidades para llevar su pasatiempo a otro nivel, jugar béisbol a nivel competitivo estaba simplemente fuera de discusión: “A mi hijo le ofrecieron la posibilidad de integrarse a un equipo y jugar béisbol, incluso en el extranjero. Pero sin documentos no es posible

inscribirlo en ningún equipo”, explicó una de las madres.

Al imponer restricciones en el acceso al trabajo y a los servicios de bienestar social, la apatridia con frecuencia ejerce una fuerte presión financiera en las familias, forzando incluso a los miembros más jóvenes de la familia a trabajar. En Georgia, el acceso a todos los servicios del Estado, incluyendo la asistencia social, requiere documentos de identidad. Jirair comenta: “Cuando no tienes documentos, no tienes derecho a la asistencia [...] Siempre he trabajado, desde que era muy pequeño. Me hago cargo de mi abuela. Ella también es apátrida”.

Algunos adolescentes en la República Dominicana revelaron cómo pasaron sus vacaciones

escolares escarbando en la basura con la esperanza de obtener un pequeño ingreso adicional para sus familias. Uno de ellos es Joe, que con frecuencia se encuentra “de vacaciones” en el basurero de San Pedro de Macoris. Ubicado entre los extensos ingenios azucareros del oriente del país, este “patio de recreo” es donde pasa todos sus días de vacaciones, seleccionando pedazos de metal entre la basura. Él dice que puede ganarse hasta 50 pesos (poco más de 1 dólar) al día.

“Me gusta ir a la escuela”, dice Joe, quien vive con su familia y asiste a la escuela en El Soco, uno de los conjuntos habitacionales de bloques de hormigón, construidos para albergar a los trabajadores de los ingenios y sus familias, desde principios del siglo 20. “Me gustan especialmente las matemáticas”, aunque su gorra de béisbol sugiere otro interés compartido con casi todos los jóvenes dominicanos. “Cuando sea grande quiero ser beisbolista”, confiesa Joe. “Pero este verano no juego béisbol”.

INSEGURIDAD CONSTANTE

La apatridia también puede exponer a los niños a experiencias que les pueden hacer sentir inseguros y temerosos de desplazarse. En Malasia, Sajna, 19 años, relató un incidente que ocurrió cuando tenía 17 años y que no ha podido olvidar: “Hace dos años iba en un autobús que fue detenido en un retén. La policía buscaba bandidos. Me registraron y como no tenía prueba de nacionalidad, me bajaron del autobús. Fue tan vergonzoso; como si fuera delincuente. Fui a la comisaría de policía y finalmente solucionamos el asunto. Fue una experiencia terrible”.

Joseph, 23 años, en Côte d’Ivoire, explica que teme salir de su aldea: “No me puedo desplazar porque la policía y gendarmería piden documentos. Yo no tengo documentos, entonces me piden dinero. Como no puedo pagar, me amenazan con golpearme y detenerme”.

La seguridad es vista como estrechamente vinculada a la ciudadanía. Un padre apátrida en Italia, Dumitru, recuerda que a los 18 años enfrentó la detención y la amenaza de deportación. Otro padre apátrida, Sandokan, hizo notar que la nacionalidad italiana es una forma particularmente importante de protección, dado el hecho de que su familia es fácilmente identificada como romaní y por tanto, está expuesta a la discriminación.

En Tailandia, Artee, 18 años, explica que sin la ciudadanía, en cualquier momento su familia puede ser desalojada de su hogar: “Mi madre le compró la tierra informalmente a un conocido, pero como ninguno de nosotros tiene la nacionalidad, la tierra no pudo inscri-

birse a su nombre en el título de la propiedad. Tengo mucho miedo que en cualquier momento nos pueda sacar de nuestro hogar”.

VULNERABILIDAD ANTE LA EXPLOTACIÓN Y EL ABUSO

La apatridia también puede exacerbar las vulnerabilidades existentes y en casos extremos, llevar a la explotación y el abuso. En Côte d’Ivoire, muchos niños abandonados son apátridas, y su falta de documentos que prueben su identidad y nacionalidad, agudiza su ya precaria situación. David, 10 años, no puede asistir a la escuela porque su cuidadora considera que no sería posible sin documentos. Su situación ha tenido un grave impacto en él; padece incontinencia y por tanto, se le obliga a dormir solo. Mientras que sus amigos y sus hermanos adoptivos estudian, David saca las ovejas de la familia a pastar y realiza quehaceres de la casa.

El maltrato puede asumir diferentes formas conforme los niños y las niñas apátridas van creciendo. Clémentine, 22 años, y Odile, 21 años, son hermanas apátridas que viven en Abiyán, Côte d’Ivoire. Cuando eran muy pequeñas fueron obligadas a trabajar en un restaurante, y más tarde a prostituirse, por una tía a cuyo cuidado les había dejado de niñas. Al carecer de la protección que confieren los documentos de nacionalidad se vieron atrapadas. Sólo cuando la situación se volvió intolerable es que pudieron reunir suficiente coraje para huir. Sin embargo, perdieron todas sus pertenencias, incluido el registro de nacimiento del hijo de Clémentine, de cuatro años, exponiéndolo a un alto riesgo de apatridia.

JIRAIR,
19 AÑOS, GEORGIA

“Las puertas del mundo están cerradas para mí”.

La frustración más citada por los jóvenes apátridas consultados para el presente informe, fue la falta de empleo adecuado a sus capacidades, ambición y potencial. Al quedar sin solución, la apatridia creó obstáculos nuevos e insuperables para los jóvenes entrevistados, quienes transitaban de la adolescencia hacia la adultez. Ya sea debido a su limitado acceso a las oportunidades educativas, o a la incapacidad de desplazarse libremente como sus contrapartes nacionales, los jóvenes apátridas con frecuencia vieron como la apatridia coartó su libertad e independencia, sin poder liberarse de la pobreza y marginación en las que habían crecido. Muchos revelaron que se habían tenido que conformar con una vida que les permitía satisfacer sus necesidades básicas, pero muy inferior al futuro que se habían imaginado alcanzar.

INCERTIDUMBRE Y DESILUSIÓN

Muchos de los jóvenes entrevistados señalaron que conforme se acercaban a la edad de dejar los estudios, habían desarrollado un fuerte sentido del impacto que tendría la apatridia en su futuro. “Mi vida entera es una interrogación”, dice Vikash, 23 años, de Malasia, resumiendo la frustración, incertidumbre y desilusión respecto del futuro, que expresaron muchos de los jóvenes con los que habló el ACNUR. Él y otros querían viajar para trabajar en Singapur o la India, pero sin documentos, aun un viaje fuera de su estado federal podría terminar en detención.

Javier, 19 años, en la República Dominicana, trabaja en la construcción y tiene ambiciones no realizadas, porque sin documentos que comprueben que es nacional, no ha podido alcanzar las calificaciones académicas necesarias: “Quiero estudiar derecho porque ser abogado es una profesión que respeto”, comentó Javier. “Mi sueño es ejercer el derecho y ayudar a la gente con problemas”.

Muchos de los jóvenes apátridas entrevistados comentaron que se habían dado cuenta del grado en que sus horizontes laborales estaban limitados debido a las restricciones de viaje que experimentan a la hora de buscar trabajo más allá de sus comunidades y distritos locales. Como dijo King, 19 años, de Tailandia: “Para tener un buen trabajo, necesito experiencia laboral. Pero cada vez que quiero salir del distrito, necesito un permiso. Es un verdadero problema, y significa que me pierdo la experiencia que necesito para ser competitivo. Veo cómo avanzan los demás. A veces siento que este es el fin”.

Con persistencia y determinación, algunos jóvenes apátridas han llegado a la fase final de procedimientos exigentes y competitivos, para que después les sea negado el empleo a causa de su falta de nacionalidad, que les impidió cumplir con los requisitos formales del puesto.

Kavita en Malasia quería dar clases de arte, pero ninguna institución la admitía por ser apátrida. Sin desanimarse, solicitó un trabajo en una escuela preescolar local, pero a pesar de destacarse en la entrevista, no consiguió el empleo porque no podía establecer una cuenta bancaria o de pensión. Ahora trabaja en la tienda de víveres de una amiga. “Es un trabajo sin futuro”, dice Kavita. “Pero por ahora ha sido muy útil, porque no tengo prueba de nacionalidad, y no puedo trabajar en ninguna otra parte. Pero sí deseo ser docente. Ha sido mi sueño desde que era muy pequeña. Ahora doy clases particulares en la casa de mi tío. Es la manera en que mantengo vivo mi sueño”.

Incapaces de obtener calificaciones profesionales, mucha gente joven apátrida toma cursos vocacionales o trabaja de voluntario, sólo para desarrollar habilidades útiles. Valentino, 21 años, un joven romaní apátrida, convenció a su concejo municipal que le permitiera asistir a un curso de panadería. “Tomé un curso municipal para aprender a hacer pizza. Me volví muy capaz.



Kavita, 22 años, Malasia.

EUNHCEK / R. ARNOLD

Trabajé en la pizzería de un amigo, y ilos clientes preguntaban si había un maestro pizzero en el restaurante! Incluso empecé a dar clases de cómo hacer pizzas a migrantes bangladesíes en mi clase. Me encantaría tener mi propia pizzería, pero para eso necesito conseguir la ciudadanía. Quiero encontrar trabajo, una casa. Quiero una vida normal. Para otra gente, estas cosas pueden ser hasta triviales, pero para mí, no lo son”.

SUEÑOS QUE SE VAN DESGASTANDO

Una característica común entre los jóvenes apátridas consultados, es la sensación de que sus sueños se desmoronaban antes de comenzar. Individuos talentosos, con un fuerte deseo de contribuir a sus comunidades y sociedades, se veían obligados a conformarse con las limitadas oportunidades al alcance de aquellos sin nacionalidad. “Quiero ser médico”, dice Julia, 16 años, en la República Dominicana. “Quiero ayudar a la gente, a todos los enfermos de la comunidad, no sólo a los que tienen dinero. Pero estoy perdiendo las esperanzas, porque no tengo documentos. No podré presentar los exámenes finales del bachillerato, ni avanzar a la universidad”.

Jirair en Georgia, quien aspira a ser un luchador profesional, sabe que el tiempo se le está acabando: “Las puertas del mundo están cerradas para mí. Todos se

fueron a un torneo, y yo me quedé entrenando solo. Los entrenadores me apoyan, diciendo, ‘Está bien, ten paciencia, sigue entrenando’. Todos se van y al regresar, vienen llenos de novedades. Escucho sus historias y por dentro estoy llorando. Pero aún tengo esperanza de poder ser un buen entrenador de gente joven, de poder servir de buen ejemplo. Lo que más necesito para lograr mis sueños es la ciudadanía”.

Artee, 18 años, de la comunidad akha, en Tailandia, es una alumna seria y aplicada, orgullosa de su escuela y de su comunidad. Dirige a alumnos voluntarios en proyectos locales de reforestación y campañas contra el narcotráfico en su comunidad, y brinda asistencia a quienes se recuperan de la adicción. Sus pares y maestros la respetan. La verdadera pasión de Artee es la danza. “Mi sueño es ser maestra de danza”, dice la joven de 18 años. “Quiero enseñar danza tradicional y otras danzas en una escuela pública en la región de la montaña. Quiero conservar y demostrar la cultura tailandesa a otra gente del mundo. Pero creo que va a ser imposible, porque no tengo la nacionalidad tailandesa”.

A Artee le preocupa que sin la ciudadanía su sueño se vea destruido y tenga que regresar a trabajar en la parcela agrícola de sus padres. Sus compañeros de clase también tienen sus sueños: profesor de matemáticas, policía, músico. Pero también están a la espera de



Artee, 18 años, Tailandia.



Javier, 19 años, República Dominicana.

que se confirme su nacionalidad tailandesa. Todos son integrantes de la comunidad akha y muchos carecen de nacionalidad.

Sin embargo, en algunos sitios, se comienza a encender la esperanza, a medida que los gobiernos empiezan a darse cuenta del impacto que puede tener otorgar la nacionalidad en la vida de jóvenes apátridas y de cómo estos pueden contribuir a la prosperidad, seguridad y bienestar de las comunidades donde viven.

Tras importantes reformas en las leyes de nacionalidad y del registro civil en Tailandia, así como la adopción de una estrategia nacional progresista para abordar la nacionalidad y la condición jurídica, se ven señales de esperanza en el distrito Mae Fa Luang, en la provincia de Chiang Rai, donde Artee y sus amigas aprenden, juegan y crecen juntas. La oficina del distrito Mae Fa Luang se centra en resolver los casos de nacionalidad y documentación que enfrentan niñas como Artee, y ha establecido procedimientos para abordar la problemática. El comisionado del distrito entiende el valor que estos niños dan a una tarjeta de identidad que demuestre que el portador es ciudadano tailandés. “Soy muy solidario con aquellas personas que no tienen nacionalidad. Nada les puede compensar a estos niños los derechos que tendrían si fueran tailandeses”.

Asimismo, existen iniciativas prometedoras en otras partes: en Côte d’Ivoire, se ha instituido un procedimiento sencillo de declaratoria, que permite que las personas apátridas con lazos duraderos con el país adquieran la nacionalidad marfileña; en Georgia, reformas recientes en la legislación, permiten ahora que se reconozca la condición de las personas apátridas, y las encamina a adquirir la nacionalidad georgiana; en Malasia, el gobierno ha emprendido una campaña que aumenta sus esfuerzos por promover el acceso a la nacionalidad, y recibe solicitudes de personas apátridas para expedirles tarjetas de identidad malasia mediante una iniciativa de la sociedad civil; se están dando pasos en la República Dominicana para restaurar la nacionalidad de los individuos apátridas que fueron privados de su nacionalidad dominicana; e Italia está a punto de adherirse a la Convención para Reducir los Casos de Apatridia de 1961, que incluye importantes salvaguardas para prevenir la apatridia infantil.

Aquí estoy, aquí pertenezco

El mensaje más claro que surgió de las consultas con niños, niñas y jóvenes apátridas, fue que existen y quieren ser reconocidos. “Soy un ser humano”; “es un hecho ante tus ojos que existo”; “formo parte de esta sociedad”; “todos somos de una misma tierra”; fueron algunos de los sentimientos comunes expresados. A pesar de no ser reconocidos como nacionales de los países en que nacieron y donde habían vivido toda su vida, casi todos los niños y jóvenes sentían una gran lealtad a su país: “Me siento dominicana...

independientemente de los documentos”, dijo Paloma de la República Dominicana.

Ninguno de los participantes consultados había elegido ser apátrida, y la apatridia no había impedido que establecieran vínculos o que quisieran participar en, y contribuir a sus comunidades. “Este es el mejor país del mundo”, comentó Julio, 23 años, en la República Dominicana, “pero cada país tiene algunos defectos que necesitamos mejorar. Es preciso contar con identificación para hacer eso”.

Zainab y su bebé, refugiados sirios, Jordania.



El derecho internacional reconoce el derecho de todo niño a una nacionalidad. Ello está claramente establecido en el artículo 7 de la Convención sobre los Derechos del Niño de las Naciones Unidas, cuya ratificación ha sido prácticamente universal. El artículo enuncia: “El niño será inscripto inmediatamente después de su nacimiento y tendrá derecho desde que nace a un nombre, a adquirir una nacionalidad y, en la medida de lo posible, a conocer a sus padres y a ser cuidado por ellos”.

Dicha protección se ve reflejada en numerosos instrumentos internacionales y regionales. Los organismos de derechos humanos y las instituciones de la ONU han hecho hincapié en que el principio del interés superior del niño exige que los niños sean protegidos contra la apatridia.

En prácticamente todos los casos de apatridia infantil, la mejor solución radica en otorgar a los niños la nacionalidad del país en el que nacen y donde han vivido todas sus vidas. Es preciso que esto se logre lo antes posible para que ningún niño crezca bajo las privaciones que causa la apatridia. No sólo es congruente con el interés superior del niño, sino también con el interés del Estado, abordar la apatridia en el momento del nacimiento o lo más pronto posible después de este. Los niños apátridas deben poder disfrutar sus derechos fundamentales, incluidos los de educación y salud, hasta que adquieran una nacionalidad. Esto contribuye a la integración y la cohesión social.

Una vez que su condición jurídica quede resuelta, los niños apátridas pueden perseguir sus sueños y aportar a la sociedad: “Ahora que cuento con una cédula de identidad, tengo prueba de que soy dominicana y puedo hacer lo que hace cualquier persona dominicana”, comenta Wildiana, 18 años.

La prevención y resolución de la apatridia infantil es uno de los principales objetivos de la Campaña del ACNUR **#IBELONG** para Acabar con la Apatridia en 10 Años. Para alcanzar dicho objetivo, el ACNUR insta a todos los Estados a tomar los siguientes pasos, de acuerdo con las Acciones 2, 3, 4 y 7 del Plan de Acción Mundial para Acabar con la Apatridia:

- Permitir que los niños obtengan la nacionalidad del país donde nacen si de otra forma se convertirían en apátridas.
- Reformar las leyes que impiden a las madres transmitir la nacionalidad a sus hijos en igualdad de condiciones con los padres.
- Eliminar las leyes y las prácticas que privan a los niños de la nacionalidad por causa de su etnia, raza o religión.
- Garantizar el acceso universal al registro de nacimientos para prevenir la apatridia.

El conflicto en Siria, la crisis humanitaria más grande del mundo, ha forzado a más de cuatro millones de refugiados hacia los Estados vecinos. Un desplazamiento de esta dimensión está poniendo a los niños en riesgo de apatridia. A causa de la discriminación por género que existe en la legislación sobre nacionalidad siria, los niños sirios sólo pueden adquirir la nacionalidad a través del padre. Pero el conflicto ha dejado a un 25 por ciento de los hogares sirios sin padres que puedan ayudar a verificar la nacionalidad, lo que hace que en muchos casos, el acta de nacimiento que mencione al padre sirio, sea la única manera de comprobar la ciudadanía de los niños. Como hizo notar un padre refugiado sirio: “Si no tienen acta de nacimiento, es como si no existieran”.

Reem, 21 años, se vio obligada a huir de Siria en 2014 estando embarazada, después de que una bomba matara a su esposo y destruyera su casa. Una vez en Jordania, dio a luz a su hijo Adnan en un hospital ubicado dentro del principal campamento de refugiados en Zaatari. Reem sabía que el proceso para registrar a Adnan sería difícil sin su esposo y sin el acta de matrimonio que la pareja no obtuvo en Siria, un requisito legal para inscribir nacimientos nuevos en todos los países de la región. Muchas personas refugiadas sirias sueñan con regresar a Siria algún día, y criar a sus hijos en paz. Mohammad, 33 años, padre de tres hijos, expresa su preocupación: “Algún día volveremos a Siria. ¿Pero cómo le haremos? si no tenemos la manera de comprobar que mis hijos son sirios”.

Afortunadamente, el Gobierno de Jordania ha establecido un tribunal de condición personal (un tribunal de Shari’a) y un departamento de estado civil dentro del campamento de refugiados de Zaatari, con el fin de validar y registrar los matrimonios y asegurar que cada niño inicie su vida con un acta de nacimiento. Esta acta sirve como prueba de identidad y demuestra el vínculo entre el niño y Siria. “Independientemente de las circunstancias, siempre que se dé un nacimiento en territorio de Jordania, es nuestra responsabilidad inscribirlo”, enuncia el jefe del Departamento de Estado Civil. En dos años, se ha inscrito el nacimiento de 3.597 niños sirios nacidos en el campamento de Zaatari.

Los niños y los jóvenes apátridas no piden un trato especial. Únicamente piden un trato igual: la posibilidad de tener las mismas oportunidades que otros niños. Es responsabilidad nuestra darles esa posibilidad.

“Al igual que mis amigos y otras personas, deseo tener una vida normal”.

KAVITA, 22 AÑOS, MALASIA.



**UNHCR
ACNUR**
La Agencia de la ONU
para los Refugiados

Para mayor información acerca de
cómo involucrarse y apoyar la Campaña

#IBELONG, favor de visitar la página:

www.unhcr.org/ibelong/es/

Foto de portada:
Tha Chaa, 18 años, Malasia.
© UNHCR / R. ARNOLD

Para proteger su identidad, los nombres de algunas de las personas a las que hace referencia este informe han sido cambiados.

El ACNUR desea expresar su gratitud a los muchos niños, jóvenes, padres y tutores que de forma voluntaria se han ofrecido para participar en las consultas sobre las cuales se fundamenta este informe.

Las impresiones de los participantes sobre lo que significa crecer sin una nacionalidad conmovieron inmensamente a todos los miembros del equipo de investigación.

El incesante trabajo del ACNUR para reducir y prevenir la apatridia se beneficiará de las valiosas experiencias compartidas.



UNHCR
ACNUR
La Agencia de la ONU
para los Refugiados

PUBLICADO POR:

ACNUR/UNHCR

División de
Protección Internacional

Noviembre 2015

